

noche marcharon, y en la Torre hizo gemir á Rosa sobre un banco de la cocina:

— ¡Ay, mi señor, que ya no lo torno á ver más!

Gonzalo Mendes Ramires, silenciosamente, casi misteriosamente, había obtenido la concesión de vastos terrenos en Zambeze, hipotecó su quinta histórica de Treixedo y embarcaba en los comienzos de Junio en el vapor *Portugal* con Benito para África.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 NOVIEMBRE, MEXICO

XII

CUATRO años pasaron sobre la vieja Torre, ligeros y leves como vuelos de ave. Era una dulce tarde de Septiembre. Volvía la Torre á su alborozada alegría porque, después de cuatro años, Gonzalo regresaba de África. Graciña, que anduvo todo el día atareada en la limpieza de la casa, sonreía pensativamente, recordando esos cuatro años que pasaron sin mudanza entre los Cuñaes y la Torre, donde la vida rodaba tan sin historia como rueda un río lento por un paraje solitario. Gonzalo en África, mandando de cuando en cuando cartas alegres donde palpita- ba un entusiasmo de fundador de imperios. Ella en los Cuñaes, en un tan quieto vivir, que eran casi agitados los días en que comían los Mendozas, los Marges, el coronel del 7.º y otros amigos. En este manso correr de la vida se desvaneció mansamente, casi insensiblemente, la sombría tormenta de su corazón. Ni comprendía ahora cómo un sentimiento que justificaba y casi

secretamente santificaba, por ser el *único y eterno*, se sumiera tan insensiblemente, sin dislaceraciones, dejando apenas un leve arrepentimiento, algún esfumado recuerdo, extrañeza y confusión. Las cosas pasaron como el viento por un campo yermo.

Después de la última Navidad pasada con Gonzalo, Andrés volvió á Lisboa, y cuando Andrés vino de nuevo á Oliveira, partió ella para Amarante, donde la santa madre de Barrolo adolecía con un mal de anemia y de vejez que en Mayo la llevó al seno del Señor. En Junio embarcó Gonzalo para África, y apenas si vió en la cubierta del vapor á Andrés. Todo ese verano decidieron hacer obras en el viejo palacete del Paseo del Rey; pasáronlo en la quinta de la *Murtosa*. Á esa soledad atribuyó luego Barrolo su melancolía, y para que se distrajese y se fortificase con los baños de mar, alquiló en Septiembre, en la costa, el precioso *chalet* del comendador Barros. Ella no tomó baños ni iba á la playa á las frescas horas de la mañana, y sólo á la tarde paseaba por el arenal acompañada de dos enormes galgos que le había regalado Manuel Duarte.

Una mañana, al abrir *Las Novedades*, se encontró con la caída inesperada del ministerio de San Fulgencio. Andrés Cavalleiro presentaba su dimisión por telégrafo, y el mismo periódico anunciaba que su excelencia había partido para

«un largo y pintoresco viaje» por Constantinopla, por el Asia Menor, que ya él había anunciado en una comida en los Cuñaes. Ella abrió un atlas, y con el dedo lento caminó desde Oliveira hasta Siria sobre fronteras y montañas, y ya Andrés le parecía desvanecido en esos horizontes más luminosos. Cerró el atlas pensando: «¡cómo cambian los hombres!»

En Noviembre volvieron á Oliveira, en un sábado de lluvia. El domingo despertó con un lindo sol en las vidrieras. En la misa de once, de la catedral, estrenó un sombrero nuevo; después, en el camino de casa de la tía Arminda, levantó los ojos hacia el caserón del gobierno civil; ahora vivía allí otro gobernador, el señor Santos Maldonado, un mozo rubio que tocaba el piano. A la primavera siguiente, Barrolo, con la pasión de hacer obras... de albañilería, echó abajo el mirador para construir una estufa más amplia. Los trabajadores comenzaron por sacar el viejo mobiliario de los tiempos del tío Melchor; el inmenso diván estuvo dos días en el jardín, hasta que Barrolo mandó quemarlo con otras butacas viejas en una hoguera festiva la noche del cumpleaños de Graciña. Ella anduvo en torno á la hoguera, viendo cómo todo se convertía en brasa y cómo la brasa obscurecía en ceniza.

Luego, en esa semana, las Louzadas invadieron una tarde los Cuñaes, y apenas se sentaron en el sofá, le contaron con una sonrisa feroz el

gran escándalo de Cavalleiro en Lisboa con la mujer del conde de San Román, un propietario de Cabo Verde. Aquella noche escribió á Gonzalo una carta muy larga que comenzaba: «Por aquí estamos todos bien en este *rame-ran* acostumbrado...» Y, con efecto, la vida había comenzado en toda su sencillez, continua, sin historia, como corre un río claro por un paraje solitario.

Repiqueteó el hijo de Crispula la puerta; el hijo de Crispula, que se había quedado en la Torre de mandadero.

— Están abajo el señor don Antonio Villalobos y el señor Gouveia y otro señor, el Videiriña, y preguntan por la señora.

— ¿El señor Villalobos? Sí, que suban.

Al atravesar la sala, el vozarrón de *Titó* retumbaba notando «los preparativos de la fiesta».

— Pido disculpa por esta invasión á la prima Gracia. Pero pasábamos de vuelta de los Bravaes y supimos que la prima había venido con Barrolo...

— Yo soy la que se lo pido por estar de esta facha. Pero estuvimos todo el día de arreglo. Y usted, señor Gouveia, ¿qué tal? No lo veo desde Pascua.

El administrador, que no cambió en esos cuatro años, obscuro y seco como hecho de madera, con el bigote más amarilloso por el cigarro, agradeció á la señora doña Gracia el interés que

por él se tomaba. Lo había pasado bien desde Pascua. Salvo la desvergonzada garganta.

— Y entonces nuestro hombre, ¿cuándo llega?

— El domingo. Estamos todos contentísimos. Y usted, señor Videira, ¿no se sienta? Empuje una butaca de mimbre.

A Videiriña le dieron después de la elección el empleo prometido, fácil y con vagares. Era escribiente en la Administración del Concejo de Villa-Clara. Pero convivía con su jefe, que lo utilizaba para todos los servicios, incluso para el de enfermero, mandándole siempre con autoridad.

Tímidamente arrastró la butaca de mimbre, colocándola detrás de la de su jefe; y después de quitarse los guantes negros, que ahora traía para realzar su posición, recordó que el tren llegaba al apeadero de Craquéde á las diez y cuarenta, no trayendo retraso. Pero tal vez el señor doctor se apee en Corinde, por el equipaje...

— Lo dudo — murmuró Graciña —. José va á buscarlo al empalme, á Lamello.

— Nosotros no — replicó Villalobos —; nosotros vamos simplemente á Craquéde. Es tierra de la familia, más sosegada para los vivos. Pero ese hombre, prima Gracia, ¿no se detuvo en Lisboa?

— Desde el domingo, primo Antonio. Llegó el domingo de París en el sudexpres. Hoy recibí una carta de María Mendoza en que me cuenta su llegada.

— ¿Está en Lisboa la prima María Mendoza?

— Sí, desde fines de Agosto, con doña Ana Lucena.

Juan Gouveia preguntó con curiosidad:

— ¿Parece que doña Ana compró una casa en Lisboa? ¿Oyó usted algo?

No, Graciña no sabía nada. Pero era natural, ahora que vivía tanto en Lisboa.

— Sí, compró una casa — exclamó Gouveia con inmensa convicción —. Es natural; ya van cuatro años de viudez, y . . .

Graciña sonrió. Pero *Titó*, que rascaba lentamente la barba, volvió á la carta de la prima María.

— Sí — acudió Graciña —, estuvo en la estación de Rocío. Parece que Gonzalo viene más fuerte. Mire, primo, lea la carta. Lea alto, no tiene secretos; es todo sobre Gonzalo.

Sacó un sobre pesado, con un sello de armas en el lacre. Mas la prima escribía siempre de prisa, y tal vez el primo Antonio no comprendiese. . . En efecto, *Titó* retrocedió aterrado delante de las cuatro carillas de papel. Juan Gouveia ofreció inmediatamente sus servicios y su pericia para descifrar letras hasta de escribanos. No habiendo secretos. . .

— No, no hay secretos. Es simplemente un relato de la llegada.

El administrador ojeó la carta, pasando los dedos por el bigote con cierta solemnidad.

«Mi querida Gracia. . . La costurera dice que el vestido. . .»

— No — acudió Graciña —, en la otra página.

— Está claro — decía el administrador —; carta de señora, en seguida los trápos; y doña Gracia asegurándonos que era toda sobre Gonzalo. Ya veremos cómo por el medio habla de vestidos.

«Debes estar ahora ansiosa por saber la llegada de Gonzalo. Fué realmente brillante: parecía la recepción de una persona real. Éramos más de treinta amigos. Está claro que fué toda la familia, y si hubiese estallado en esa mañana una revolución, los republicanos cogieran entonces á toda la flor de la nobleza de Portugal en la estación de Rocío. De señoras había la prima Chelas, la tía Louredo, las dos Esposendes (con el tío Esposende, que, á pesar del reumatismo y de la vendimia, vino expresamente desde la quinta de Torres) y yo. Hombres, todos; y como estaba el conde de Areja, que es el secretario del rey, y el primo Ollalvo, que es su mayordomo mayor, y el ministro de Marina y el ministro de Obras públicas, ambos condiscipulos é íntimos de Gonzalo, la gente debía imaginar que llegaba el rey. El sudexpres trajo cuarenta minutos de retraso. El primo Areja, tan amable siempre, convidó á una comida en honor del primo Gonzalo. Yo fui á esa comida con mi vestido verde.»

Gouveia gritó triunfando:

— ¿Qué dije yo? Aquí está el vestido. Vestido verde.

— Siga leyendo, hombre — bramó *Titó*.

«... con mi vestido verde, nuevo. Creo que fui la primera en ver al primo Gonzalo en la plataforma del sudexpres. Viene más guapo, y, sobre todo, más hombre. El África ni levemente le tostó la piel. Siempre la misma blancura. Es de una elegancia nativa. Como puedes imaginar, hubo mucho abrazo y mucho beso. La tía Louredo lloriqueó. Me olvidaba. Estaba también el vizconde de Río Manso con Rosina, que iba muy linda, con un vestido de Redfern sensacional. Todos me preguntaron quién era. Río Manso también lloriqueó al abrazar á Gonzalo; y todos salíamos siendo el pasmo de los pueblos, cuando de repente el primo Gonzalo cae en brazos de un hombrecillo que recibía á la puerta los billetes. ¡Siempre el mismo! Parece que lo conoció al llegar á Lourenço Marques, donde el hombre trataba de establecerse como fotógrafo. Me olvidaba ya de lo mejor: de Benito. Viene magnífico. Se dejó crecer un poco las patillas. Es un modelo vestido en Londres de gran gabán hasta los pies, guantes amarillos y una gravedad inmensa. Me preguntó por tí y por Rosa. Por la noche José y yo comimos en familia con el primo Gonzalo, en Braganza, para conversar de la Torre y de los Cuñaes. Contónos muchas cosas interesantes de África. Trae notas para un libro, y parece que la

colonia prospera. En estos años ha plantado dos mil cocoteros. Tiene también mucho cacao y gallinas á millares. Es verdad que una gallina gorda en Macheque vale dos perras grandes. ¡Qué envidia! En Lisboa un manajo de huesos cuesta cinco reales, y con un poco de carne pegada al pecho, diez. En la colonia construyó ya una buena casa, y dice que no lo vende todo por ochenta mil duros. Para felicidad completa, hasta tiene un buen administrador. Dudo de que vuelva á África. Tengo una idea que no adivinarás. Comiendo en Braganza recibí la inspiración. Río Manso está también en Braganza. Cuando bajábamos á comer encontrámoslo en un pasillo. El hombre tornó á abrazar á Gonzalo con la *ternura de un padre* y Rosina se ruborizó tanto que hasta Gonzalo se dió cuenta. Parece que hay ya entre ellos un conocimiento antiguo por un cesto de rosas, y que desde hace años el destino los anda subterráneamente ligando. Ella es realmente una belleza, muy simpática y muy bien educada. Diferencia de edad, apenas once años, y una dote tremenda. Hablan de quinientos mil duros. La cuestión de sangre está resuelta, pues como se dice en heráldica, *el rey hace á la pastora reina*, y los Ramires no sólo vienen de reyes, sino que los reyes vienen de los Ramires. Pasando ahora á asunto menos interesante...» Juan Gouveia dobló discretamente la carta, celebrando á la señora María Mendoza como un *reporter* precioso. Después dijo:

— Señora mía, si las previsiones de ella se realizan...

Graciña creía que eran imaginaciones de María.

— El primo la conoce y ya sabe lo casamentera que es...

— Hasta á mí me quiso casar — asintió *Titó* — con la viuda de Piño, el de la tienda de paños.

Gouveia insistía con superioridad:

— Mire, señora doña Gracia, siempre sería mejor arreglo que lo de África. Yo no creo en esas colonias ni en África. Téngole horror á África. Sólo sirve para darnos disgustos. Buena para venderla. África es como esas tierras que la gente hereda de una tía vieja en un sitio muy distante, donde no se conoce á nadie, donde no hay ni siquiera un estanco. Buenas para venderlas.

— ¿Vender lo que tantas vidas y trabajos nos costó ganar? — replicó Graciña.

— ¿Qué trabajos? — protestó el administrador, metido ya en plena controversia —. Desembarcar allí en la playa, plantar unas cruces de palo y tirar unos cuantos tiros á los negros. Esas glorias de África son pamemas. Vuestra excelencia habla como hidalga; yo hablo como economista. Y digo más...

Titó acudió á salvar á Graciña:

— Gouveia, estamos quitándole á Graciña el tiempo que necesita para sus cosas. Eso de África ya lo discutiremos con Gonzalo. Prima, hasta el

domingo en Craquéde. Allá compareceremos todos; y quien tira los cohetes soy yo.

Gouveia no esperaba convertir á Graciña á sus ideas sobre política colonial. Graciña sonreía, dando la mano á Videiriña.

— ¿Tiene versos nuevos para el *Fado*, señor Videira?

Videiriña, ruboroso, balbuceó que «había arreglado una cosita para la vuelta del señor doctor».

— Entonces, hasta el domingo, primo Antonio.

— Hasta el domingo en Craquéde, prima.

Pero en la puerta vidriera se paró Gouveia.

— Ya me olvidaba. Recibí una carta de Andrés Cavalleiro. Está en Figueira da Foz. Muchos recuerdos para Barrolo. Quiere saber si podría cederle algo de aquel vino verde de Vidaiños. Es también para un africanista, para el conde de San Román. Parece que la señora condesa se muere por el vino verde.

Los tres amigos atravesaron el comedor. Rosa apareció á la puerta del cuarto de Gonzalo llevando ropa blanca y sonriendo, con aquel rostro color de ladrillo, que el pañuelo circundaba como un nimbo.

Titó dióle cariñosamente en el hombro:

— Tía Rosa, pronto recomienzan esas grandes *petisqueiras*, ¿eh?

— ¡Loado sea Dios, señor don Antonio! Que

imaginé que no tornaba á ver á mi señor. También tenía decidido que si me enterraban en Santa Ireneia antes de verlo, el cuerpo aquí se quedaría, pero el alma volaba para África á visitarlo.

Y marchó lagrimeando de gozo con el montón de ropa blanca, que olía á manzana camuesa, mientras los tres amigos bajaban á visitar las obras de la caballeriza.

— Vea usted — exclamó *Titó*, dirigiéndose á Gouveia —, muebles, obras, yegua inglesa; todo con dinero de África.

El administrador se encogió de hombros:

— Veremos cómo trae el hígado.

Delante del portón, *Titó* se paró á coger una rosa. Entraba el Padre Sueiro de vuelta de su paseo por los Bravaes, con su quitasol y su breviario.

Todos lo acogieron con cariño.

— ¿De modo que el domingo tenemos aquí á nuestro hombre, Padre Sueiro?

— Dios quiso concederme en la vejez ese gran favor — contestó el sacerdote —. Yo no lo esperaba. Son tierras muy duras y él es muy delicado.

Y para conversar de la espera en Craquéde, acompañó á aquellos señores hasta el puente de la Portella. Juan Gouveia renqueaba, aperreado por unas infames botas que aquella mañana había estrenado. Sentáronse en un banco de piedra. Era ese dulce sitio desde donde se divisa

Villa-Clara, en aquella hora toda rosada, desde el vasto convento de Santa Teresa hasta los cipreses del cementerio alto.

Más allá de los oteros de Valverde, el sol se hundía, bermejo como un metal candente que se apaga, entre nubes rojas, encendiendo aún en oro coruscante las ventanas de la Villa.

Al fondo del valle, una claridad nimbaba las altas ruinas de Santa María de Craquéde entre su denso arbolado. El río corría bajo el arco sin un rumor, ya durmiente, á la sombra de los chopos, donde todavía cantaban los pájaros, y en un recodo de la carretera, por encima de los álamos, que escondían el caserón, la vieja Torre, más vieja que la Villa, y que las viejas ruinas del monasterio, y que todos los casales dispersos; envuelta en el vuelo obscuro de los murciélagos, espiaba silenciosamente la planicie, como en todas las tardes de esos mil años, desde el conde Ordoño Mendes.

Un muchachejo pasó recogiendo dos vacas lentas. Del lado de la Villa, el Padre José Vicente de la Finta trotó en su yegua blanca á saludar al administrador y al amigo Sueiro, y alegrándose del regreso del hidalgo, para el que ya preparaba una cesta de uva moscatel. Tres cazadores atravesaron la carretera, bajando hacia el casal de Miranda.

Un silencio tan dulce como si bajase del cielo cubría los campos poblados, donde no se movía

ni una hoja en la suave transparencia del aire de Septiembre. Los humos de los hogares ya encendidos se escapaban lentos y leves de entre la teja rala. En la herrería de Juan, más allá de la Portella, el claror de la forja avivóse más enrojecido. Un *bum-bum* de tambor batió festivamente hacia los Bravaes, muriendo apagado entre los árboles.

Juan Gouveia miró hacia los Bravaes:

— Estoy recordando aquel pasaje de la novela de Gonzalo cuando los Ramires se preparan para socorrer á las infantas y andan reuniendo la mesnada. Es á estas horas de la tarde, con tambores y por estos sitios... «En la frescura del valle...» No... «Por el valle de Craquéde...» Tampoco. Esperen ustedes, que yo tengo buena memoria... ¡Ah! «Y por todo el fresco valle, hasta Santa María de Craquéde, los atambores moriscos, apagados por el arbolado, ¡tararám!, ¡tararám!, ó más sonoros en los cerros, ¡ratan-tán!, ¡tararán!, convocaban á la mesnada de los Ramires en la dulzura de la tarde...» Es lindo.

Videiriña arguyó humildemente:

— Tal vez sea, señor administrador, más bonito cuando los Ramires marchan á perseguir al Bastardo. Para mí tiene más poesía. Cuando el viejo hace aquel juramento sobre la espada, y en la Torre están tocando á muerto, es de primera.

El Padre Sueiro, con las manos en el puño del quitasol, asintió:

— Son lances interesantes, ciertamente. En aquella novela hay imaginación y saber.

Titó, que después de *Simón de Mantua*, no había leído más libro que *La Torre de don Ramires*, murmuraba:

— Es extraordinario aquel Gonzalo.

— Tiene mucho talento — decía Videira —; el señor doctor tiene mucho talento.

— Tiene mucha raza — exclamó *Titó* levantando la cabeza —. Eso es lo que oculta sus defectos. Yo soy un amigo de Gonzalo, y de los buenos. Pero no se lo escondo ni á él. Es muy liviano, muy inconsecuente... Pero tiene raza, que es lo que le salva.

— Y bondad — atajó dulcemente el Padre Sueiro —. Bondad como la de Gonzalo también salva. Mire: á veces hay un hombre muy serio, muy puro, muy austero, un Catón, que siempre cumplió con su deber y, sin embargo, nadie lo quiere. ¿Por qué? Porque nunca dió, nunca perdonó, nunca acarició, nunca sirvió; y al lado, otro liviano, descuidado, que tiene defectos, que olvida hasta el deber; pero que es amable, generoso, servicial y dulce, y todos lo quieren. Y no sé si hasta Dios, Él me perdone, lo prefiere también... .

La mano que elevó hacia el cielo recayó sobre el cabo del quitasol. Después, ante la temeridad de pensamiento tan espiritual, añadió cautelosamente:

— Esta no es doctrina propiamente de la Iglesia, pero anda ya en las almas, en muchas almas.

Entonces Juan Gouveia abandonó el banco, y abotonándose la chaqueta, como siempre que formulaba una síntesis, dijo:

— Pues yo he estudiado mucho á Gonzalo, ¿y saben ustedes á quién me recuerda?

— ¿Á quién?

— Tal vez se rían. Pero yo sustento la semejanza. Gonzalo, con sus flaquezas y su dulzura y su bondad, la inmensa bondad que indicó el señor Padre Sueiro; con sus entusiasmos, que acaban en humo, y la persistencia cuando se encariña con una idea; con su generosidad y sus sentimientos honrados y sus escrúpulos casi pueriles; con su imaginación, que lo lleva siempre á exagerar hasta la mentira, y al mismo tiempo un espíritu práctico siempre atento á la realidad útil; con su viveza y su facilidad para comprender y la esperanza constante en algún milagro, en el viejo milagro de Ourique; con su vanidad y su sencillez, tan grande, que da en la calle el brazo á un mendigo; con su fondo de melancolía, á pesar de ser tan hablador y sociable; con la desconfianza terrible de sí mismo, que lo acobarda, hasta que un día se decide y lo arremete todo heroicamente; con su Torre de mil años, y hasta con aquel arranque de marchar á África; así, todo completo, con el bien y con el mal, ¿saben ustedes á quién me recuerda?

— ¿Á quién?

— Á Portugal.

Los tres amigos volvieron á emprender el camino de Villa-Clara. En el cielo blanco, una estrella lucía sobre Santa María de Craquéde. El Padre Sueiro, con su quitasol bajo el brazo, recogióse á la Torre lentamente en el silencio y en la dulzura de la tarde, rezando las Avemarias y pidiendo la paz de Dios para Gonzalo, para todos los hombres, para los campos y casaes adormecidos y para la tierra hermosa de Portugal, tan llena de gracia adorable, que bendita sea siempre entre todas las tierras.

FIN